

agua que salió de tu costado; lávame con ella, purifícame, enciéndeme y perfeccióname; dame licencia para que con el espíritu entre dentro de esas llagas glorificadas. Y pues tú con ellas moras dentro de mí, yo con toda mi alma quiero morar dentro de ellas y de tí, uniéndome contigo con union de amor, hasta que sea uno contigo en tu eterna gloria. Amen.

MEDITACION XLV.

PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, Y PARA ANDAR CON ESPÍRITU LAS PROCESIONES DE ESTE DIA Y SUS OCTAVAS.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor en este Sacramento viene á nuestra tierra á renovar lo que hizo cuando vivió en ella; ponderando como entonces anduvo por todas las calles y plazas de Judea y Galilea, y por las sinagogas y casas particulares, y en el mismo templo de Jerusalem, haciendo bien á todos. Y como dice san Pedro: *Pertransiit bene faciendo, et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo: pasó y caminó, haciendo bien y sanando todos los oprimidos del demonio, porque Dios estaba con él* (1), no solo por gracia, sino por unidad de persona; y el bien que hacia era en todo género de cosas, ejercitando los varios oficios que arriba se dijeron; de suerte que por donde quiera que iba dejaba rastros de su divinidad y omnipotencia, y de su inmensa caridad y misericordia.

2. De esta misma manera imaginaré ahora que anda Cristo nuestro Señor en este Sacramento por los templos, plazas y calles de la cristiandad, haciendo bien á todos los que con viva fe llegan á él, confesándole, adorándole y alabándole con todo su corazón, porque tambien ahora este divino Sacramento, *pertransiit bene faciendo*; pasa haciendo bien y sanando á los oprimidos del demonio; porque Dios está dentro de él, y así les va comunicando todo género de bienes, con resplandores de su celestial luz é inspiraciones de su divino espíritu, enseñándoles como maestro, curándoles como médico, perdonándoles como salvador, y apacentándolos como pastor con su mismo cuerpo y sangre; y aunque todo esto hace mas copiosamente con los que le reciben, pero tambien da alguna parte á los que con fe viva le miran y glorifican. Y con este espíritu tengo de acompañarle en las procesiones, como le acompañara cuando vi-

(1) Act. x, 38.

via en carne mortal, si tuviera la fe que ahora tengo, y como le acompañaba la gente devota que se iba tras el Salvador por gozar de su dulce compañía. Ó Amado mio, gracias te doy por haberte quedado con nosotros tan de asiento, que aunque tienes tu morada en los cielos, llenándolos de alegría, quieres tambien estar en nuestra tierra, llenando sus plazas y calles de tu misericordia. Y pues tan poderoso eres debajo de este velo, como lo eres en el cielo, y como antes lo eras en la tierra; ven á esta pobre morada de mi alma, pasea todas las potencias y sentidos de ella, haciendo bien á todas, para que te sirvan y glorifiquen todas por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiere ahora renovar espiritualmente la entrada que hizo en Jerusalem el dia de Ramos (1); porque entonces entró en Jerusalem manso y humilde, sentado en un jumentillo, saliéndole á recibir grande muchedumbre de hombres, y llevándole todos en procesion con grande pompa. Unos echaban por tierra sus capas para que pasase por ellas, otros desgajaban árboles para enramar el suelo, y otros llevaban palmas en las manos, y todos á voces le alababan, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: Rey de Israel, sálvanos en las alturas. Y esta entrada tan solemne hizo Cristo nuestro Señor para mostrar de su parte el gusto con que estaba entre ellos, sin embargo de que le perseguian y maltrataban, y para que sus discípulos y la gente devota diese tambien aquella muestra de la fe, amor y devocion que le tenian, y por otras causas que ponderamos en la parte IV.

2. De esta misma manera quiere ahora ser llevado en el santísimo Sacramento por las calles y plazas de la Iglesia con grande pompa y majestad. Va en la hostia, manso, humilde y disfrazado, cubierto con aquel velo y nube ligera de los accidentes de pan; pero todos los fieles y príncipes de la Iglesia se honran de acompañarle, adornando las calles con ramos y con ricos doseles, llevando hachas y luminarias, y con cantores y músicas de alegría, celebrando su venida al mundo, con la mayor pompa y honra exterior que se le puede dar en la tierra. De todo lo cual me tengo de alegrar y regocijar, porque si me gozo de la honra que el dia de Ramos hicieron á este Señor, con haber parado en mayor ignominia, ¿cuánto mas me gozaré de la honra que todos ahora le hacen, ordenándose toda á su mayor gloria.

(1) Matth. xxi, 8; Joan. xii, 13.

3. Y luego ponderaré como Cristo nuestro Señor traza esta solemne pompa para darnos á entender el gusto que tiene de estar con nosotros, y que no está cansado ni enfadado; aunque hay mucho porque lo esté, á causa del maltratamiento que algunos pecadores le hacen, comulgando mal ó diciendo misa con indecencia; y aunque es razon dolerme de este agravio que se le hace, tambien le alabaré, porque sin embargo de él no se cansa de estar con los pecadores, por hacer bien á los justos. De donde sacaré un gran deseo de que todos celebremos con espíritu estas devotas procesiones, de modo que guste Cristo nuestro Señor de la honra que le hacemos, porque no se paga de lo exterior, si está vacío del interior. Ó Amado mio, ¡si tendiésemos todos por tierra nuestras vestiduras, poniendo á tus piés todas nuestras cosas, para que tú hicieses lo que quisieses de ellas! ¡Oh si todos se postrasen en tierra con humildad profunda, dejándose humillar y pisar de todos, para que fueses ensalzado y glorificado por todos! oh si todos te acompañásemos con palmas en las manos, alcanzando de nuestros enemigos gloriosas victorias, atribuyendo á tí solo la gloria de ellas! ¡oh si todos con grande espíritu te alabasen y glorificasen por las victorias que ganas cada dia por medio de este soberano Sacramento, deseando que tuviese en ellas parte todo el mundo! Ó alma mia, alaba y glorifica á este Señor cuando le acompañas ó asistes en su presencia, juntando el cántico de los Serafines con el cántico de los hebreos, diciendo con el espíritu (1): Santo, santo, santo el Señor Dios de las batallas; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria, sálvanos en las alturas: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como el Padre eterno quiere con estas procesiones tan honrosas premiar en la tierra las estaciones afrentosas y dolorosas que su Hijo Jesucristo nuestro Señor anduvo la noche y dia de su pasión, por las plazas y calles de Jerusalem. Ponderando como entonces fué desde el huerto de Getsemani á casa de Anás y Caifás, llevándole atado, con hachas y linternas, con lanzas y espadas, y con grande estruendo de soldados, triunfando del preso con escarnio; y otro dia le llevaron con la misma ignominia de casa en casa, de tribunal en tribunal, hasta que salió al monte Calvario con la cruz á cuestas y con voz afrentosa de pregoneros, y fué colocado en el trono horrendo de la cruz.

(1) Ecclesia in præfat. Missæ.

en medio de dos ladrones, adonde era blasfemado y escarnecido con grandísima ignominia y crueldad.

2. En premio de estas jornadas quiere el Padre eterno que su Hijo en la tierra sea honrado en estas procesiones, llevando todos hachas y luminarias en las manos, en señal de que es luz verdadera que alumbrá á todo el mundo, y acompañándole los fieles soldados de su Iglesia, cantándole mil cantares de alabanza, llevándole sobre sus hombros los sacerdotes y colocándole en tronos de grande majestad, donde todos le hincan la rodilla y le adoran como á su Dios y Redentor, mandando á todos que lo hagan así, mucho mejor que el rey Asuero mandó honrar á Mardoqueo, llevándole con grande pompa por todas las calles de la ciudad clamando sus privados: *Así ha de ser honrado el que quiere el rey que lo sea* (1). Ó Padre eterno, gracias te doy por la honra que quieres se haga á tu Hijo unigénito en la tierra, en premio de la deshonra que recibió en ella. Ó dulcísimo Redentor, gózome de la honra que hoy os hacen vuestros fieles, pues la teneis bien merecida, por la deshonra que sufristeis por ellos. Yo hincó mi rodilla ante el trono donde estais colocado en este santo Sacramento, y arrojé mi corona y cuanto tengo á vuestros piés, diciendo como los ancianos del Apocalipsis: *Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra, la gloria y la virtud, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad son y fueron criadas* (2). Redime, Señor, y salva con tu preciosa sangre al que criaste por tu graciosa voluntad. Amen.

3. De aquí sacaré cuán fiel es Dios en premiar en esta vida á los que le sirven, ensalzándolos en la misma cosa que ellos se humillan: y si yo honro á Cristo en este Sacramento, él tambien me honrará; y si le trato con poco respeto, tambien quedará deshonrado. Para lo cual ayudará ponderar la historia del arca del Testamento, que llevó David en procesion, con grande acompañamiento de sacerdotes y levitas, y de todo el pueblo, con grande música de varios instrumentos, saltando el mismo David delante del Arca, con grande fervor de espíritu; y aunque Micol le despreció (3), él no se arrepintió de lo hecho, antes propuso de humillarse y envilecerse mas delante de Dios; pero al contrario Oza, que con temeridad y poco respeto tocó al Arca, quedó muerto de repente por ello, para significar que si trato con poca reverencia este divino Sacramento, será castigado como Oza, y tanto será mas terrible mi castigo, cuanto debia tener mayor reverencia al que la merece mucho mas que

(1) Esther, vi, 7.—(2) Apoc. iv, 11.—(3) II Reg. vi, 14.

el Arca. Pero si le honro como David, tañendo y saltando en mi corazón, con júbilos y afectos de amor, humillándome, y apocándome en su presencia, sin hacer caso de los dichos de los hombres, él me honrará en la tierra, y mucho mas en el cielo. Pero yo, Gloria mia, no quiero otra mayor honra que honrarte; tu honra es ya la mia, y de que tú seas honrado me honro yo; y si tú te honras con mis deshonras, esas tendré yo por suma honra, por glorificarte á tí, que eres digno de infinita honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO.—1. Lo cuarto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiere que se le haga en la tierra alguna fiesta, como la que se le hace en el cielo, para que por este medio bajen del cielo bendiciones á la tierra, ponderando como este Señor está en el cielo, cercado de Angeles y Santos que continuamente le hacen fiesta. Unos, como los veinte y cuatro ancianos, arrojan las coronas á sus piés, diciendo, que solo él es digno de honra y gloria (1): otros, como los cuatro animales, están diciendo: Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, que es, era, y ha de venir. Otros le ofrecen vasos de oro, llenos de incienso muy oloroso, que son las oraciones de los santos, y cada uno á su modo le glorifica y ofrece cánticos de agradecimiento y alabanza. De suerte que por las calles y plazas de aquella celestial Jerusalem siempre se oye aleluya (2), voz de alabanza y acción de gracias, gozo y alegría sempiterna.

2. Con ser esto así, gusta Cristo nuestro Señor de bajar á nuestra aldea en este santísimo Sacramento, y quiere que á nuestro modo le pongamos en su trono, y le hagamos fiesta, aunque aldeanos, imitando en lo que pudiéremos á sus cortesanos celestiales, pretendiendo en esto, no su provecho, sino el nuestro, para que descubriendo el amor que le tenemos, tenga él ocasion de honrarnos, y hacernos grandes bienes. Y así á imitación de los bienaventurados le tengo de honrar con tres géneros de afectos principalmente.—El primero, de humildad como los ancianos, desnudándome de cuanto tengo, confesando que no es mio, sino suyo, dándole la gloria de todo.—El segundo afecto ha de ser viva fe de su grandeza, y del oficio á que viene, y ha de venir á juzgarnos, alabándole como los santos cuatro animales, por su santidad y omnipotencia, por su eternidad é inmutabilidad, y porque viene ahora para salvarme como padre, y despues vendrá para coronarme como juez.

3. El tercer afecto será de ofrecimiento, presentándole el vaso de mi corazón, dorado con el fino oro de la caridad, lleno de incienso

(1) Apoc. iv, 10; v, 2.—(2) Tob. xiii, 22; Isai. li, 3.

de fervorosas oraciones, mezcladas con mortificaciones de mí mismo, deshaciéndome en el fuego del amor, por oler bien á este Señor, á quien he de hacer fiesta del mejor modo que pudiere, admirándome de que un Señor que tan festejado es en el cielo, se digne y guste de la fiesta que se le hace en la tierra, como el rey, que despues de haber visto las fiestas que se le hacen en su corte, gusta tambien de la que se le hace en una aldea. Persuadiéndome tambien, que como Cristo nuestro Señor por los servicios que se le hacen en el cielo, da nuevos gozos accidentales, así premia á los servicios que los justos le hacen en estas fiestas de la tierra, con nuevas gracias y aumento de virtudes. Ó Rey soberano, ¡quién pudiese hacer de la tierra cielo, santificando tu nombre, y haciendo tu voluntad en este valle de lágrimas, como lo hacen los espíritus bienaventurados en su paraíso de deleites (1)! Cierito estoy, que si así lo hiciese, el valle de lágrimas seria para mí valle de consuelos, y el paraíso de deleites vendria al valle de lágrimas, convirtiendo mi llanto en gozo, y llenándome de alegría. Venga, Rey mio, á mí tu reino, y pues tú estás conmigo en el Sacramento, aviva mi fe, enciéndeme con tu caridad, para que te conozca y ame, de modo que reines en mí, y yo goce de tí reinando contigo en el reino de tu Padre por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLVI.

DE LA PROVIDENCIA PATERNAL DE DIOS EN REPARTIR LOS ESTADOS Y OFICIOS, DANDO Á CADA UNO EL QUE MAS LE CONVIENE PARA SU SALVACION.

PUNTO PRIMERO.—*Tres cosas propias del Padre celestial.*—1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor por excelencia es nuestro Padre, y hace este oficio con nosotros infinitamente mejor que todos los padres de la tierra (2), pues en su comparacion ninguno merece este nombre; de donde se sigue que no solamente nos cria y engendra en el ser de la naturaleza y gracia, y despues de engendrados nos conserva y sustenta en el uno y otro ser, con medios y modos muy admirables, como se ha dicho; sino tambien su paternal providencia tiene cuidado de ponernos en estado y oficio conveniente para nuestra salvacion, inspirando, moviendo y aficionando á cada uno al que mejor le está para este fin. Á unos

(1) Matth. vi, 10.—(2) Matth. xxiii, 9.